

EL PRIMER VIAJERO FRANCÉS EN COLOMBIA: JEAN BAPTISTE LEBLOND

Por: **GABRIEL GIRALDO JARAMILLO.**

*Artículo del Boletín de la
Sociedad Geográfica de Colombia
Número 3 y 4, Volumen XII
Tercer y Cuarto Trimestres de 1954*

Inicia la exploración de nuestras comarcas el médico y naturalista Jean Baptiste Leblond, nacido en Toulangeon en 1741 y muerto en París en 1815; después de haber terminado estudios de ciencias naturales viajó a América. Y en 1767 fue nombrado Comisario del Rey en la Guayana francesa, con el encargo especial de investigar la quina: visitó detenidamente las Antillas, Colombia, Venezuela, el Ecuador y el Perú consagrado al estudio de la naturaleza americana y a la recolección de plantas, animales, y objetos de historia natural que fueron a enriquecer las colecciones científicas parisienses. Leblond fue uno de los primeros europeos que entró en contacto con los Guaraunos del Delta del Orinoco, descritos anteriormente por Sir Walter Raleigh y por el Padre Gumilla; en 1802 abandonó definitivamente el nuevo mundo y regresó a Francia donde vivió el resto de sus días consagrado a las ciencias y a la preparación y publicación de sus estudios; entre sus trabajos notables se mencionan el **Essai sur l'art de l'indigoter** (1791), **Moyens de faire disparaître les abus et les effets de la mendicité par L'émigration volontaire a la Guyane française**, **Observations sur la cannellier de Guyane** (1793), **Observations sur la fièvre jaune et les maladies des trapiques** (1805), **Description abregée de la Guyane française** (1814), y numerosas memorias científicas aparecidas en los **Annales du Muesa d'histoire naturelle** y en el **Recueil de l'Academie des Sciences**.

Su obra más importante es el relato de sus viajes por América publicado en París en 1813 con el título de **Voyage aux Antilles ou précis historique des révoltes, des guerres et des faits**

mémorables dont l'auteur a été témoin. ..

En la Academia de Ciencias de París leyó Leblond en el año de 1786 una memoria sobre geografía del Nuevo Reino de Granada que traducida fragmentariamente por Monseñor Rafael María Carrasquilla, fue publicada en la excelente Revista» Literaria de Isidoro Laverde Amaya, Tomo III, pp. 74-81 en 1892.

Veamos cómo aprecia el médico y naturalista francés nuestra Sabana:

... Una llanura de doce leguas de anchura y mucho mayor de longitud, vestida todo el año con los risueños atavíos de las más lindas campiñas europeas, circundada de colinitas verdes, donde triscan los rebaños, cubierta de pastos para los numerosos ganados y de bien cultivadas heredades; a trechos salpicada de aldeas y caseríos, de granjas y rústicas cabañas. Convidan al hombre huertas y jardines con todas las flores de primavera y los frutos del otoño; y esta misma duración eterna de los dones naturales, lejos de llamar la atención o despertar el atractivo por lo nuevo que forma el encanto de nuestras estaciones, producen indiferencia hacia una hermosura siempre idéntica, hacia goces que no se mudan jamás.

Leblond encuentra incómodo el clima de Bogotá, tradicionalmente ponderado por lo sano y agradable; escribe:

Es, por otra parte, tan extraño aquel clima, que al exponerse uno al sol, el calor lo incomoda y fatiga; y al hacerse a la sombra, siente un airecillo frío y sutil que penetra hasta los huesos. Las personas de pocas carnes o de muchos achaques, los que van a Santafé de las tierras calientes, viven con un destemple en la piel que sólo se remedia con el ejercicio; porque allá braseros y chimeneas son muebles desconocidos en los aposentos. Basta, sin embargo, echarse encima un buen vestido de lana o arrebujarse en la capa, para quedar garantizado contra el frío, al cual, por demás, se habitúa uno en breve espacio.

Traza el viajero francés una de las primeras descripciones del Salto de Tequendama y acepta el error tradicional de la enorme diferencia de clima entre el valle en que comienza la cascada y su fondo, del cual se había hecho eco con manifiesta exageración el Padre Antonio Julián en su famosa **Perla de América**.

Se refiere igualmente Leblond al río Bogotá, a la laguna de Fúquene y establece algunas

comparaciones entre las condiciones climáticas de la Sabana y otras regiones: «Baste dejar constancia de lo que pude observar; que no pretendo dar explicación de por qué es tan lluviosa la Sabana, que se ha inventado el adagio de que «En Santafé llueve trece meses al año».

Las discutibles pero honradas observaciones de Leblond parece que indignaron a don José María Salazar y lo animaron a escribir un valioso estudio con el título de **Memoria descriptiva del país de Santafé de Bogotá, en que se impugnan varios errores de la que escribió Leblond sobre el mismo objeto, leída en la Academia Real de Ciencias; por Don José María Salazar, Abogado de esta ciudad**; esta memoria fue publicada en los números 27 a 31 del Semanario del Nuevo Reino de Granada, correspondiente a los meses de julio y agosto de 1809.

La polémica presenta el más alto interés, pues no solo trata de precisar algunos aspectos superficialmente observados por Leblond sino que defiende al país con un auténtico espíritu nacional que no deja de sorprender por la época en que se manifiesta y que es la más clara prueba de la madurez conceptual de los criollos americanos y la lógica consecuencia de las ideas inspiradas por la Expedición Botánica.

Escribe Salazar:

Se empeña el escritor francés en degradar esta comarca antes del arribo de los españoles, y forma una triste pintura de la infelicidad en que yacía hasta aquella época memorable. Era el país, dice, el más miserable y el más desprovisto del mundo, en donde el indio desgraciado no tenía otro bien ni otra subsistencia que ríos sin peces, ni pájaros en pequeño número, uno o dos cuadrúpedos y pocas legumbres. Los campos sin cultivo ofrecían únicamente algunas plantas, miserables raíces, la quina, la papa y el maíz que engañaba tal vez la esperanza a causa de la inestabilidad del clima. Lo que habría podido conseguirse de los países vecinos no se lograba por falta de objetos de cambio y era menester fuerza armada para procurárselo. Las casas parecían más bien hechas para animales, que para hombres.

Yo no combatiré, agrega Salazar, la opinión injusta de este viajero oponiéndole hechos que podrían juzgarse exagerados: confesaré que Cundinamarca fue inferior al imperio de los Incas, asuelo mexicano y al hermoso reino de Chile, en donde se ha hallado más cultos los idiomas, un Gobierno mejor establecido, poblaciones muy hermosas, inmensa riqueza, palacios y edificios del mayor lujo y brillantez. Creo al mismo tiempo que la tradición de estos pueblos a manera de aquellos ríos, que son débiles en su origen y llegan luego a ser caudalosos por la agregación de las aguas, da a los

objetos el aire de lo maravilloso y las envuelve en densas tinieblas cuando no se examinan profundamente a la luz de la sana crítica: que no duró cinco años el incendio del famoso templo consagrado al sol en Sogamoso, que no fueron grandes los tesoros de los antiguos Zipas, supuesto que no descubrimos los vestigios de aquella prodigiosa riqueza, ni era tanta la sed del oro en un pueblo que no lo había constituido como signo de todas las cosas: que se ha referido con verdades positivas algunos delirios de la imaginación humana, y que en ésta, lo mismo que en todas las naciones, la fábula ha caminado siempre con la historia.

Defiende Salazar la organización muisca a base de las noticias suministradas por los cronistas y establece una lógica relación entre el progreso religioso, político y cultural con el desarrollo económico; invoca la autoridad de Robertson, cuya historia era entonces leída con entusiasmo por quienes deseaban informarse sobre América, y expone con juicio y erudición sus ideas sobre el presente y el futuro del Nuevo Reino.

El viaje de Leblond y sus observaciones sobre Santafé y sus alrededores tienen, pues, una fecunda consecuencia; son estímulo y acicate, hacen que los criollos aprendan a mirar su propia tierra y a apreciarla; los mismos disculpables errores en que incurre el naturalista francés, al ser rebatidos por Salazar, son un nuevo elemento que contribuye a una interpretación más justa y adecuada de su medio natural y espiritual.

Un aspecto poco conocido de la vida de Leblond en el Nuevo Reino de Granada es el de sus relaciones con el sabio Mutis; sólo una carta conocemos dirigida desde París por el naturalista francés al insigne sabio, pero ella es suficiente para informarnos del alto concepto en que se le tenía en Europa; nos suministra además algunos detalles curiosos sobre la situación personal y el carácter de Leblond. La carta, sin fecha, ha sido publicada por don Federico Gredilla en su **Biografía de José Celestino Mutis** (Madrid, 1911). Páginas 128- 130 y reproducida, con algunas variantes en el Archivo Epistolar del sabio naturalista José Celestino Mutis, compilado por don Guillermo Hernández de Alba¹.

Le comunica Leblond a Mutis su proyecto de crear un jardín de plantas y le pide ayuda ofreciéndole corresponderle con cuanto pueda serle útil:

Como mi intento es adelantar lo más que pueda, un jardín botánico de plantas exóticas (el que he empezado ya con algunas semillas que había traído de América, y las que diariamente me estoy

¹ Bogotá, 1949, Vol. II, págs. 59-61,

procurando), espero el favor de que vuesamerced me envíe algunas, que para no molestar a vuesamerced, se pueden mandar muy bien en pelitos encerrados en la respuesta con que deseo me honre con la condición de mi parte de enviarle en retorno lo que vuesamerced me ordena y sabe se encuentra en París mejor que en parte alguna.

Respecto al sonado problema del descubrimiento de la quina, Leblond defiende la prioridad del hallazgo de Mutis y así se lo comunica:

En un memorial sobre la causa que hasta ahora ha impedido a los europeos, otros que los españoles, el descubrimiento de la quina en la zona tórrida, que, en Agosto pasado leí en la Academia Real de las Ciencias, a cuyo cuerpo estoy agregado, he mencionado como era justo, que el descubrimiento hecho últimamente de la cascarilla en el Nuevo Reino de Granada pertenece a vuesamerced y no a López, que no hizo más que copiar los memoriales que sobre el particular había vuesamerced dejado donde el Doctor Escallón; se ha aprobado este memorial, y se lo hubiese enviado, así como algunos otros que he publicado sobre varios puntos de historia natural, si hubiese sabido cómo dirigírselos.

Leblond se hace eco del prestigio de que gozaba en el mundo sabio de Europa el modesto sacerdote y naturalista español que desde este lejano rincón de América irradiaba una luz cenital sobre la ciencia; le dice el corresponsal francés:

Perdone, señor mío, este corto obsequio en favor del rango distinguido que ocupa entre los sabios; habré recibido veinte visitas de los botánicos más célebres de la Europa, no más porque saben que he visto y conozco a vuesamerced; Mr. Smith en particular, inglés, de la Sociedad Real de Londres, me ha dicho que, tiempos hace ha escrito a vuesamerced y aguarda su respuesta con el mayor anhelo; este caballero es el poseedor de todo el gabinete de historia natural del inmortal Linné; él desea, parece, verificar con vuesamerced la parte del herbario de este sabio, en que figura vuesamerced como el lucero entre las estrellas.

Es este uno de los testimonios más elocuentes del prestigio de Mutis en Europa y del aprecio de todos los que tuvieron la feliz oportunidad de conocerlo y recibir sus enseñanzas; Leblond recuerda con emoción sincera y no disimulada nostalgia las horas pasadas en compañía del sabio en Honda; sus palabras son tan espontáneas como convincentes y constituyen una nueva prueba de lo que Mutis significó como maestro y como amigo.

Uno de los párrafos de la citada carta no solo nos renueva esta vieja y honda amistad de los dos naturalistas, sino que nos da algunos detalles sobre las actividades de Leblond en la última etapa de su vida por entero dedicada al cultivo de la ciencia:

Con seis mil libras de renta que me he hecho, son grandes las satisfacciones de que gozo aquí; vivo independiente de todo el mundo, procurando trocar las pasiones tumultuosas de la juventud que va pasando, por el atractivo honroso de las ciencias con que espero corroborar y divertir la vejez que va viniendo ¡Ay!, y cuán feliz vivía allá, en medio de la abundancia de todo, del oro que pisaban mis pies!... me faltaba, bien lo sabe, aquel alimento ignorado del vulgo de los hombres que tuve en Honda mientras los momentos deliciosos de su dulce compañía.

Los viajes de Jean-Baptiste Leblond, anteriores en varios años a los del Barón de Humboldt, tuvieron, pues, fecundas consecuencias para la cultura neogranadina: agitaron la opinión de los criollos sobre sus propios problemas y suscitaron la justa reacción ante las ideas expuestas sobre el país; establecieron un contacto personal y directo entre investigadores de muy distintas latitudes y sirvieron de vehículo a la gloria del más grande de los maestros coloniales; son en verdad el primer anuncio de un redescubrimiento de América, de su naturaleza, de sus riquezas, de sus artes, de sus hombres.

